

SENTIDO DE LO MARIANO EN EL MES DE DICIEMBRE Y SU REPERCUSIÓN EN EL FOLKLORE MURCIANO

*«Merecer no procura el soberano
Favor y patrocinio que blasona
Tener España siempre en su Patrona.»*

LA fecha del ocho de diciembre de 1854 es importante por cuanto se proclama el dogma de la Inmaculada Concepción, por el Papa Pío IX y ello va a suministrar una serie de presencias festeras con su motivo, amén de programaciones devotas hacia la Madre, la Virgen María, que en la religión cristiana adquiere un rango singular, factura indudable del misterio de la Redención de Cristo como el nuevo Adán que se incorpora a la vida del cristiano en su rotunda y eficaz dimensión de «hombre nuevo», renovado y con mayor dignidad. Pero es a través de la Madre del Cristo hecho hombre, que muere en la Cruz, desde donde se asimilan los conductos de la gracia. Virgen Purísima, inmaculada, humilde y grandiosa criatura capaz de entregarse a la voluntad del Creador, desde su sencilla presencia, como catalizando el destino misterioso de nuestra salvación, desde la voz humilde del «¡Hágase tu voluntad!»— «¡He aquí la esclava del Señor!», palabras éstas que junto con otras informan y conforman todo el rigor de una teología cristiana que preside el rango del amor. La Virgen, como mediadora, suscitadora, suplicadora, remediadora, etc, que percibe las demandas de los fieles, sus devotos que se ayuntan bajo su manto reverenciándola como su Patrona, desde la aldea más entrañable a la urbe más retórica, pero siempre como base de su entrega y de su entorno vital. Virgen anclada en el corazón de sus fieles seguidores que acuden a Ella desde el mismo detalle de su festejo.

Porque, se puede afirmar que cada pueblo, cada región patria se somete a la sencilla faz de la Madre, bienhechora, aportadora de beneficios y dádivas. Cosa, de otro lado importante, porque muestra el carisma de lo maternal, de la sutilidad femenina que es algo que suministra ternura y forma parte de la vida del hombre, como ser que se sirve de esta ternura para poder desarrollar su destino. Por lo que en todas las religiones surge lo femenino, como algo que suscita mediación, consolación, como lo más inmediato para resolver el drama del humano. La idea de lo maternal se impregna en el signo de la matrona que con su hueste, sus espíritus o ángeles; recogen las súplicas y programan la presencia del humano ante su Dios. A veces suele revestir la alegoría de la conciencia, esa figura de mujer que espera ante el puente de la otra vida, del otro reino, como en la semblanza poética del Rig Veda y otros cultos, con sus propios himnos. Virgen y Madre de la humanidad cuyas voces se dirigen a Ella desde los confines de la tierra.

De aquí la potencia de la gestualidad que la Madre provoca en sus hijos, en sus seguidores que viven desde su íntegra y a veces enigmática devoción, que en algunos momentos, como el referente a la temática de la Virgen del Rocío; nos puede dar apreciaciones diversas, a no ser por el espectáculo fabuloso de una tierra que se intitula, de María Santísima y se muestra espléndida con la Reina de los Cielos, mostrándole sus mejores galas uniendo su fervor al de la misma naturaleza. Pues que este sentido se proclama en pueblos como Yecla, Totana, Mazarrón y Fortuna, por indicar los más señeros en la su-



cinta trama de expresar el amor emblemático hacia la Purísima, durante un tiempo que es preludio de la Natividad, en que tanto tiene que ver la Madre. Es lo cierto, que estos pueblos citados acuden a la cita ancestral que se personifica en cada ocho de diciembre, prestando atención a los actos en honor de la patrona, pues en la vieja Yécora azoriniana, se dan cita en torno a la Virgen que bajan desde el Castillo, este año con manto nuevo y carroza señera, que muestra el boato de los ciudadanos por su Reina, quienes todos a una, la llevan a la Basílica de la Purísima, con los sones de la alegría y el alma envuelta en la emoción de sentirse al lado de la Madre, aglutinando una serie de situaciones folklóricas, donde no falta el ruido de la pólvora que disparan los decimonónicos arcabuces, sujetos por manos diestras, como los de la Compañía del Capitán Soriano Zaplana, erudito en esta materia, pues nadie como sus segui-

dores, muestran tanto garbo ni tal despabilamiento entre los vecinos y forasteros asombrados de tal factura. Ruido y olor a pólvora, junto a los viejos fervores cercanos a la Virgencica fundida en un abrazo completo, entre ofrendas de besos y de flores. Una danza sabrosa con el regusto del «librico» que inicia la gesta de una nueva gastronomía prenavideña.

Pero es que, en Moratalla, preclara y formidable bastión, se desenvuelve, por estas fechas, en singular acto comunitario que avisa del festejo a la Inmaculada, en plena vísperas, cuando los mozos y críos del lugar comienzan a buscar «palicos» para hacer el «castillo de la Purísima». Y vaya que lo hacen, cargados con el ritual milenario de algo que no puede perderse ni morir, pues se conjuga en el alma de la ciudad. Claridad de fuego que es tan profundo y límpido como lo inmaculado, presencia de vestal que, desde su virginidad, ampara el hogar, perfil de paganía que nos hace remedar el éxtasis de una suprema purificación de cuerpos y almas. Pero es que en nuestra tierra se asienta el trazo gestual de algo humano y divino al mismo tiempo que se traduce en anotaciones, expresiones de una farándula en fervoroso encuentro con la Dama más hermosa y pura, sol de los tiempos... «stella matutina», guía inefable, que se apodera de las almas sencillas dispuestas a la entrega, porque el colmo de la belleza radica en la humildad de posada y pastor.

Romería a la Santa de Totana, esta vez, para remedar viejos tiempos y bajar a la patrona, al «Rulo», donde tantas gestas han nacido. Hay lugares marianos, fecundas citas de estancia y de parada para el recreo y la dimensión de la fe. Aquí cabe conjugarse la sabiduría del pueblo con el rito del peregrinaje calmoso, liturgia be-

llísima que nos encumbra a otra zona de la vida, donde se reúne la ternura de los tiempos perdidos.

Ruta sucinta pero auténtica por la tierra de huerta y secarral, de mar y aguante en la garganta, ésta de rostros mirando a la Virgen. Purísima, amantísima y adorada, remedio de los afligidos, de los que pasan las hambres y los destierros, cantada por las otras voces de los mineros quejumbrosos y ardientes de corazón, admirables y a los que no me resisto a encumbrar en el rostro luminoso de sus sentimientos, con sus máscaras de polvo negro en sus caras que son corazón perenne de alegría inmensa, pedazos de hombres que acusan la fatiga de la vida, a sus años mozos, solos y silentes como cirios de vida. Mazarrón es la otra cara, perfil azul y mineral podrido, faro y grieta, retazo y pozo negro. Alma en suma, con la Madre a cuestras de sus hombros. Llevan a la Virgen de sus amores, a Santa Bárbara, como el testamento suave de su viejo legado, arma viva de su camino, luz, farol, ejemplo para los demás. Los he visto a estos mineros picando la piedra, desfilando barbechos de pedregales en el círculo pavoroso de su tiempo y allí, cerca de la patrona, en el espacio azul de la mañana colosal.

Fortuna es tierra de llano, secarral, menudencia de calle, hito de señorío acurruado a las faldas de la Inmaculada, que cada ocho de diciembre se encarga de pasear por la villa, desde su templo parroquial. Fiesta rotunda de vivir y enfervorizarse que fue requerida y animada por el mismo Carlos III.

Festividad mariana desde los cuatro ángulos de mi tierra seca y segada, desde



la esquina del Altiplano al llano fortunero, de por medio la mar, para avivar la llama del amor hacia la Virgencica que impregna de un duendecillo singular la gama sabrosa del folklore religioso, en su andadura y en su ritual, sin más, porque es la expresión de algo que lleva el pueblo y desea registrar a su medida, presencia, en suma, de sentir religioso que, como dice Z. A. Ragozín, se caracteriza, no por las puerilidades del dogmatismo, sino: «por la suma de alimento puro que le ofrezca al espíritu y por el auxilio práctico que presta para la vida honrada y feliz».

Plauto